

nuestros escultores, el que parece haberle quitado á los mares y á los cielos sus matices, á los arbustos y á las flores su pintura, á las nubes y á los celajes y á los crepúsculos sus reverberaciones para el barro, dotándolo de un lustre y de una transparencia muy semejantes al brillo y al esplendor de los más hermosos metales.

—Gracias, Donatello, gracias. Como lo iluminas todo con tu propio genio, crees tus émulos á los que apenas podemos contarnos entre tus pálidos imitadores.

—Gracias mil; tengamos esa amistad por la cual engrandeceremos á nuestra patria. Acordémonos de que nuestros celos y nuestras envidias pasarán de generacion en generacion y provocarán maldiciones eternas, mientras, nuestro mútuo afecto, coloca las almas de sus hijos en torno de Florencia, como esos ángeles que rodean la imágen divina de la Virgen.

—Teneis razon. ¡Felices aquellos que han recibido de las alturas el presente de prodigioso genio y pueden dorar con un rayo de esa luz inmortal las sienas de su patria!

—¿No sabeis lo que pasa?

Preguntó Donatello á los que rodeaban á Cosme de Médicis.

—Pues, ¿qué pasa?

Preguntaron todos á una.

—Que ha aparecido en esta inmortal ciudad un nuevo hijo de las musas, un nuevo sacerdote de la inspiracion.

—Habla. ¿Dónde?

—Ya sé cuanto os sucede así que hablamos de esto, Cosme, que os falta tiempo para salir al encuentro del nuevamente hallado y ceñirle una de las coronas que guardais en vuestro poder para el genio.

—Dadme una muestra del nuevo que anunciáis.

Donatello sacó de su larga manga una tablita en la cual estaba pintada, entre una guirnalda, la Virgen con el niño en brazos y varios ángeles.

—Ciertamente, exclamó Cosme al verle, es un prodigio de belleza y un trasunto de verdad. ¿Dónde está el autor?

—En el convento del Carmine.

—¿Cómo se llama?

—Fra Filippo Lippi.

—Pues yo os aseguro que será mi protegido y mi amigo.

La fortuna de Fra Filippo estaba hecha. El sol que avivaba las artes en Florencia caía sobre su frente. Vamos á verlo.

CAPITULO II.

Gloria y amor.

Paseaban á los pocos dias de la anterior escena los frailes del Carmine por los claustros de su convento, despues de haber finado las horas del silencio, y mataban el tiempo en varias entretenidas conversaciones. Tras la natural abstinencia de regla, todos se desquitaban hablando como por máquina, de cuanto les venia á la boca. Mas Alberto llevaba la voz cantante como decirse suele, ya por su natural garruleria, ya por su inquieta juventud, ya tambien porque su argentino acento resaltaba sobre todas aquellas palabras nasales propias del tonillo extraño reinante por regla general en los claustros. Es el hombre un ser tan social que hasta en las particularidades mas minuciosas de la vida se somete al imperio de sus semejantes, á la voluntad total de cuantos le rodean, modelando por las demás la propia personalidad. En otro tiempo, las leyes y los rescriptos regulaban y ordenaban el traje que debia vestirse, á fin de uniformar por fuerza á los hombres, de distinguir con tan visibles señales las clases. Y desde el dia en que las leyes dejaron tal cuidado, se uniformó el traje mas que nunca, imponiéndose á todos por el tiránico yugo de la moda. Pues tanta uniformidad suele llegar hasta las manifestaciones mismas del espíritu, eminentemente individual en sí, pero tambien eminentemente social en sus revelaciones, y sobre todo, en la revelacion mas difusiva de su ser, en aquella que le relaciona con los demás, en la palabra. A esta tendencia social hay que atribuir la uniformidad del tono y del acento en la misma nacion, en la misma provincia, en la misma familia, y en la misma comunidad. Acercaos á un locutorio de monjas. Cada cual proviene de distinta casa y region. Saludadlas;

y sentireis como las relaciones sociales han impuesto á todas una acentuacion casi idéntica de las palabras y un tono casi uniforme de la voz. Así cada sociedad que se forma en el mundo, por muchos individuos que la compongan, resulta una total personalidad. Y por tanto, en el cenobio florentino de solitarios consagrado á la Virgen del Cármen, la canturia de todos se identificaba, exceptuando la nota discordante de la voz de Alberto que, por lo mismo, atraía y fijaba la general atencion de sus hermanos. Mas dejémonos de estos perfiles del asunto y vamos á oír la sustancia de la conversacion.

—¿De veras?

Decía uno.

—¿No nos engañas?

Preguntaba otro.

—¿Decididamente?

Añadía éste en son tambien de interrogacion.

—¿Será posible?

Esclamaba el otro.

—¡Cuánto me alegro!

—Lo merecia.

—Es un genio.

—Será la honra de esta casa.

—Ya lo es.

—Con tal reputacion.

—Con esa aureola.

—¿Qué sucede?

—Entendámonos.

—Hermanos, exclamaba Alberto, imponiendo silencio con su voz de plata á todas las voces ágrias y nasales, quereis saber cuanto sucede, y hablais todos á un tiempo, sin acertar ningunho de vosotros á someterse á lo necesario, á oír.

—Tiene razon.

Exclamó Fra Paolo tratando de imponer con un gesto la necesaria atencion.

—Nuestro hermano Filippo nos lleva ya cien codos de altura.

—Nunca dudamos de su sobresaliente mérito.

Observó Fra Simon, el único que oía atentamente en toda la comunidad.

—Aunque el mérito tenga en sí el valor intrínseco, no tiene en el mundo la justa y debida apreciacion. El mérito nació con Filippo y ahora empieza su estimacion en el mundo.

—¿Qué sucede?

—Pues sucede que Cosme, en asamblea de artistas y sabios celebrada hace pocos dias por estos alrededores, proclamó al jóven Filippo, allí donde

estaban Brunelleschi y Donatello y Masaccio, una de las glorias de nuestra Florencia.

—¡Qué satisfaccion para nosotros!

Exclamó uno.

—¡Qué gloria para el convento!

Dijo otro.

—Ya tenemos lo que solo tenia San Marcos, un pintor de primer orden.

—Es necesario darle á pintar todo el convento.

—Pues no sabeis lo mejor.

Dijo Alberto echando sobre aquella vocinglería toda su voz.

—¿Qué?

Preguntaron á una.

—No sabeis que en este mismo instante voy á darle á nuestro hermano el recado de presentarse en el palacio de Cosme de Médicis.

—¡Albricias!

—¡Aleluya!

—Alegrémonos como en Sábado Santo á las diez de la mañana.

—La riqueza de esta Comunidad crecerá desde el dia de hoy como la espuma.

—Vamos á saludar á Filippo.

Y todos se agruparon á la puerta de la celda de Lippi. El jóven monje no se encontraba en ella. Aguijoneado por lo que mas aguijonea la voluntad en este mundo, por la vocacion, descendia en cuanto sus ocupaciones religiosas le dejaban algun vagar, á ver como pintaba el gran pintor naturalista de la época, el inmortal Masaccio. Allí permanecia horas enteras absorto; y cuando tornaba á su celda, repetia los procedimientos vistos, como el ruiseñor repite los gorgoros oídos en el bosque. Era aquel un momento decisivo en las transformaciones eternas de la conciencia humana. Lanzad una piedra al pacífico lago y lo vereis rizarse en círculos concéntricos. Lanzad una idea á la conciencia humana y la vereis formar círculos concéntricos tambien con el arte, con la ciencia, con la política, hasta con lo que parece mas material y mas tangible, con el trabajo y con la industria. Aunque cada esfera de la vida parezca distinta, todas son armónicas. A una afirmacion metafisica corresponde otra política, otra artística, y hasta otra económica. Mientras la Iglesia de Oriente, la Iglesia metafisica por excelencia, dió sus ideas á la teología cristiana, dió tambien sus pintores á nuestros claustros y sus Vírgenes á nuestros altares. Y así como aquella su teología era extraña mezcla entre la ciencia griega y la ciencia asiática, aquella su pintura con procedimientos enteramente griegos evocaba personajes enteramente asiáticos. Ved esas Vírgenes inmóviles, ved esos Cristos rígidos y decidme si no semejan apariciones del Asia en medio de nosotros y si no tienen verdadero aire de casta. Son la Iglesia de Oriente con sus reverbe-

raciones asiáticas. Pero, en cuanto la fase metafísica del cristianismo ha pasado y viene la fase jurídica, la Roma de los papas hereda á la Grecia de los teólogos, pero en cuanto el espíritu antiguo llegó á una crisis análoga y fué necesario reducir á leyes las ideas y reducir las leyes á códigos, la Roma de los pretores sucedió á la Grecia de los filósofos. El cristianismo romano fué un cristianismo canónico y político, mientras el cristianismo griego fué un cristianismo teológico y metafísico. Y en la historia del cristianismo romano, el siglo décimo-tercio es un gran siglo. Durante tal centuria Santo Tomás piensa, Santo Domingo habla, San Francisco vive, San Luis reina, San Fernando combate, Dante canta, y á consecuencia de todo esto, Giotto pinta. En España se han reconquistado de los árabes Valencia y Sevilla, en Francia se ha cumplido, en medio del feudalismo, la pura política católica, un emperador latino se ha sentado en el trono de Constantinopla y una Cruzada de Occidente ha podido ver por un breve instante la cruz sobre el sepulcro de Cristo; los tiempos evangélicos y los milagros de la fe primitiva han renacido en el penitente de Asis, cuya caridad llega hasta las bestias, las coronas pontificias han brillado como otros tantos soles en las sienas de Inocencio III; el gran jubileo, que cierra esta época, ha henchido de peregrinos todas las vías que conducen á Roma; y las visiones dantescas dignas del genio de Daniel y de Isaías, han pasado por los ojos de la humanidad extática, ante aquel misticismo resplandeciente con mas vivos resplandores por lo mismo que descendía á su ocaso. ¿Y qué sucedió, pues, entonces?—Que los pintores occidentales surgieron á eclipsar á los pintores bizantinos y la Iglesia de Occidente llegó á tener su legión sagrada de artistas religiosos, hijos de su tiempo. Pero en estos años de la vida de Filippo Lippi, en esta mitad del siglo décimo-quinto, la dirección del espíritu humano es otra. No nace un San Francisco, creador de la leyenda evangélica; nace un Colon, creador, no ya de una nueva tierra, de una nueva naturaleza; no se celebran jubileos místicos, se celebran concilios casi republicanos y democráticos; no se emprenden peregrinaciones religiosas á Roma, se emprenden viajes mercantiles al Asia, como los viajes de los venecianos y de los portugueses; no se inventa la Suma, se inventa la prensa; no predominan un San Luis y un San Fernando, predominan un Luis XI y un Fernando V en señal de que la política ha sucedido al sentimiento; no mandan en Florencia los nobles guerreros, mandan los mercaderes calculadores; no aparecen las órdenes mendicantes, aparecen las legiones de los dioses griegos; por consecuencia, la pintura se convertirá de mística en naturalista, porque el hombre nuevo, se descíñe su sayal de penitente, y desde el pié de los altares donde se apretaba sobre los riñones el cilicio, se lanza desnudo como un atleta griego, á nadar entre espumas y ondas y algas y perlas en el inmenso océano de la vida universal. Por eso Masaccio, que á la sazón pintaba una capilla en la iglesia del Cármen, es un gran pintor naturalista

y otro gran pintor naturalista, el jóven que le seguía con tanto estudio y tanto anhelo, el jóven Fra Filippo Lippi. De esta misteriosísima suerte se han cambiado y se han transformado los tiempos.

Filippo, como buen artista, estaba poseído en aquel momento de dos pasiones al igual imperiosas, de doble anhelo por el amor y por la gloria. Su encuentro con Guido á la puerta del convento, le demostró que necesitaba reemplazar la fuerza con la astucia y los antiguos escándalos con el más refinado disimulo. Escalar las paredes de un convento parecía cosa imposible hasta para un aventurero florentino; abrir las puertas, cosa fácil para un artista glorioso. Y convencido de todo esto, sustituyó á los ímpetus ciegos de la voluntad, los manejos hábiles de la astucia; y al deseo de arriesgarlo todo en un momento, el deseo de labrarse duradera y segura felicidad. Los pinceles debían ser alas para volar tan alto como codiciaba su pensamiento. La aureola de la gloria debía servirle para deslumbrar á los mismos á quienes intentaba someter. Reconcentrado en sí, ya no encontró más salvación que su genio, ni más recurso que su arte. De consiguiente, la propia inspiración estaba agujoneada por el deseo de la gloria y por las impacencias del amor. Teniendo noticia del concepto que mereciera á Cosme de Médicis, había trazado febrilmente un cuadrado que deseaba le precediera en su visita al protector de las artes, visita esperada de la afición que éste mostrara continuamente al genio y á la gloria; en esta visita se proponía pedir algo que fuera completamente original, completamente inesperado y que interesaba, no tanto á su pasión por la gloria como á su pasión por el amor. Así, al encontrarle los frailes en la iglesia consagrada á la contemplación de la capilla pintada por Masaccio, y decirle que Cosme le llamaba, no pudo menos de dirigir una mirada de admiración á las obras artísticas que avivaban su esperanza y una plegaria religiosa á los santos á cuya protección creía deber su dicha, y después de agradecer á sus hermanos las atenciones y los plácemes; después de pasar por su celda para recoger su pensamiento en aquel trance de su vida, como recoge sus fuerzas quien se apresta á dar una carrera, dirigióse al palacio de Cosme, pero con tales emociones y tales pensamientos que se oían vibrar los latidos de su pecho y de sus sienas.

Cosme le aguardaba impaciente. El gran fundador del poder, de la fortuna de los Médicis, cuyos descendientes habían de ceñirse pontificias tiaras y reales é imperiales coronas, no brillaba por su prestancia. Bajo de estatura, menudo de facciones, color cetrino y el cabello blanco, toda la animación de su atractivo rostro, consistía en sus diminutos ojos, cuyas pupilas brillaban con negra y deslumbradora brillantez. Entrado ya en años, la influencia moral que tenía sobre su patria, las inmensas riquezas de que gozaba, su poder no señalado en ninguna ley, no conocido con nombre alguno oficial, pero de incontestable virtud, le daban esa serenidad

natural en todos los felices de este mundo y conque sabia cautivar á cuantos le rodeaban. Circundado de obras artísticas, aquí una estatua debida á Donatello, allá el primer bajo relieve de Ghiberti, un poco más allá el cuadro último de Masaccio, por las mesas dibujos de Brunelleschi que trazaban una iglesia ó un palacio, en estantería de cedro incrustada con relieves de plata manuscritos griegos y latinos, sobre cojines asiáticos joyas cinceladas de manos de los mejores plateros; aquel hombre, vestido con una túnica de sarga negra, realizada solo por cuellos y puños de encage blanco, calzado con un zapato acuchillado de terciopelo; parecia misterioso alquimista buscando en vez del vil oro de la tierra, el oro purísimo de las inspiraciones artísticas. En aquel momento acababa de recibir el cuadrito que como aviso de su visita le mandaba el jóven fraile. Representaba la Virgen María apareciéndose á San Bernardo. Dos ángeles tendían sus alas sobre la celeste frente de la Madre de Dios, y el santo estaba de rodillas á sus piés. En el momento de entrar su autor, contemplaba Cosme la obra con verdadero éxtasis. Nada más curioso que aquel rey de la banca embelesado en la contemplacion de un producto del arte, y aquel jóven fraile temblando á un extremo de la estancia. El hábito blanco que aumentaba la magestad y belleza de Filippo, el cráneo esférico adornado por el cerquillo de lustroso cabello negro; el rostro animado por los grandes ojos; la estatura elevada y enaltecida por los pliegues dispuestos de la manera más artística, por lo mismo que parecían dejados al descuido, dábanle cierto aire de estatua.

—¿Estáis ahí?

Preguntó Cosme.

—Estoy á vuestras órdenes, Señor.

—Adelantaos, que me place veros.

—Y á mí serviros.

Y se adelantó al medio de la estancia, saliendo de la semi-oscuridad á que lo condenaba el ángulo donde se habia metido.

—Gran pintura! dijo Cosme. ¡De mano maestra! Florencia puede vanagloriarse de otro hijo ilustre. ¡Cuán bellos estos ángeles! Sus rostros respiran la salud que debia tener el hombre ántes de la culpa. Su serenos ojos ven la luz increada. La gracia dulcísima de esta Virgen proviene, no de ninguna imitacion servil, sino del génio personal. Los amplios vestidos, que se arrastran, combinan admirablemente sus rozagantes paños con los cuidados pliegues. Las tintas están graduadas con arte y desleidas con inteligencia. Tienen viveza los colores, pero no chillan, como suelen chillar en las paletas demasiado ricas. Y ese tono violeta que sobre todos los personajes y todos los objetos se extiende como un matiz purísimo, combina con armonía los contrastes, apaga con arte los colores, y acaricia con dulzura la vista. Sereis una de las mayores glorias de Florencia y desde ahora

os cuento en el número de mis protegidos y os ofrezco á manos llenas mis beneficios.

—Señor, no encuentro medios de expresion á la altura de mis sentimientos. Ya lo sabeis, en la vida se expresan mejor las penas que los placeres, como más propias aquellas que estos de nuestra débil naturaleza. No puedo, pues, deciros hasta donde llega en este momento mi dicha.

—Grande satisfaccion brillar en vuestro arte, porque ninguno tiene precededores tan ilustres. Los arquitectos como Arnolfo han sido sobrepujados por rivales como Brunelleschi; los escultores como Nicolás y Juan de Pisa por descendientes como Donatello y Ghiberti, pero vosotros teneis que emular con el Giotto y con el Orcagna, los cuales merecerán á las venideras generaciones el título inmortal de verdaderos reveladores de la pintura en el mundo.

—Efectivamente, añadió Filippo, siguiendo la magistral conversacion del padre de la patria, efectivamente nuestro arte, encerrado en las rígidas líneas de una liturgia sagrada, no acertaba con la verdadera inspiracion del artista, no acertaba con la libertad. Parecíamos condenados á repetir y recopiar el mismo tipo sacerdotal en toda la sucesion de los tiempos. Y por consiguiente, parecíamos privados de aquella virtud espontánea del sentimiento y de la idea, sin la que toda facultad creadora se agota como fuente sin manantial. Es el génio una personalidad extraordinaria que brilla en grandes desiertos. Por cada época como esta de una florecencia tan rica, hay mil otras de una esterilidad increíble. El génio es como Dios, no tiene padre ni madre. Los procedimientos materiales del arte adelantarán. La inspiracion es personal y no se trasmite. Por eso, al romper los precededores que habeis nombrado la tradicion antigua, rompieron tambien la cadena que nos oprimia y nos entregaron con nuestras libertades la virtud más necesaria al génio, la virtud de su espontánea originalidad, en la cual reside como el impulso necesario á todas sus facultades creadoras.

—Pensamientos de libertad que me place ver en esa jóven alma y que corresponden á nuestras instituciones republicanas. Verdad cuanto habeis dicho. El génio necesita ante todo y sobre todo, la virtud de las virtudes, la libertad que le dá el medio único de manifestarse tal como es, y de tener la primera entre todas las cualidades artísticas, la originalidad. Teoría orgullosa, pero digna de la confianza que debeis sentir á esa edad en vuestras propias fuerzas. ¿Mas no admirais á los que os han precedido?

—Perdon, Señor, perdon. No esperaba de vuestra magnanimidad esa pregunta. Por lo mismo que necesito con libertad entera admirarlos, no quiero que me obliguen tiránicamente á seguirlos.

—Habeis dicho, jóven, una palabra de profundísimo sentido.

—He dicho ante el protector ilustre de las artes, todo aquello que sentia mi corazon.